ATRÉVETE A PREGUNTAR

Francisco Pérez González

Atrévete a preguntar

Un arzobispo responde

Ciudad Nueva

1ª edición: octubre 2026

© Francisco Pérez González

Preparación: *Teresa Gutiérrez de Cabiedes, Ana Hidalgo*
Diseño de cubierta y maquetación: *Antonio Santos*

© 2026, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

ISBN 978-84-9715-710-0
Depósito legal: M-26.154-2026

Imprime: Podiprint - Antequera (Málaga)

Prólogo

Hay oficios que no conocen la jubilación. Es muy improbable conocer, por ejemplo, a una madre que al cumplir 65 años haya dicho: «Ya he trabajado suficiente, ahora voy a dedicarme a disfrutar sin preocuparme de los míos, que me lo he ganado». Tampoco un padre diría: «Ahora viviré de rentas y me ocuparé solo de mí». No nos jubilamos de tener amigos o familiares.

Cualquier misión existencial excluye la jubilación. Y no menos sucede con un arzobispo. Don Francisco lo sabe. Porque la tarea del obispo se parece bastante a la de un padre. No depende de una nómina, de una jurisdicción o de una potestad. Es oficio de amor, tarea vital, ADN del alma.

Hay gente que, cuando se jubila, enferma por el vacío. Otros se aburren. Otros emprenden aventuras que no pudieron vivir antes. Don Francisco presentó su renuncia al cumplir 75 años, pero Roma tardó casi dos años en resolverla, y hasta los 77 no dejó el cargo. Cuando me pidió que mirara estos textos para publicarlos, ya era arzobispo emérito. «¿Es que no puede descansar, por fin?», pensé. Sigue viva la leyenda urbana de que los obispos viven opíparamente. Por lo visto, no es así. De hecho, la jubilación de un hombre de Dios nunca llega

a consumarse: en sus tuétanos late el deseo de cuidar a las ovejas encomendadas, de seguir anunciando buenas noticias, de gastar la vida hasta el último segundo.

Y aquí está la prueba. Entre las tareas de gobierno, la burocracia y las demandas de una diócesis, don Francisco encontró siempre hueco para lo que de verdad lo movía: estar con la gente. Participar en las ceremonias, sí, pero también en las celebraciones posteriores; acudir a las comidas familiares a las que lo invitaban; visitar a sacerdotes mayores o a enfermos en el hospital. Y, sobre todo, mantener un buzón siempre abierto para quien necesitara hablarle. De ese buzón nacieron bastantes cartas pastorales en la revista diocesana *La Verdad*: preguntas que le iban llegando y que él no quiso dejar sin respuesta. Se las tomó en serio. Aceptó el desafío de contestarlas en público.

Vivimos acostumbrados al escaparate, a la respuesta rápida y al mensaje que busca atrapar en tres segundos. Nos hemos dejado llevar por el impacto fácil: el titular, el meme, la frase que estalla y no deja poso. Eso nos dificulta fijar la atención, hacernos preguntas de verdad y pensar nuestras propias respuestas. Puede que incluso nos hayamos acostumbrado, sin darnos cuenta, al adoctrinamiento y a la polarización.

Este libro va más allá de la lógica del algoritmo. Nace de preguntas candentes, hechas por gente real, y de respuestas que se tomaron su tiempo y su oración, con más afán de acompañar que de convencer. Por eso tiene gancho: el de lo verdadero, no el de lo llamativo.

Porque las preguntas que se formulan van más allá de las cuestiones teóricas: nacen del dolor, de la duda y del desconcierto. Todo lo humano es cristiano. El encuentro con Jesucristo cambia la existencia y alumbra cada rincón del alma humana.

Se trata de preguntas actuales. Algunas son interrogantes que se han hecho cristianos de todas las épocas, como qué ocurre después de la muerte o si Dios castiga al hombre con el infierno. Pero muchas pertenecen a los dilemas de nuestro mundo contemporáneo: los desafíos de los avances científicos, los derroteros del relativismo o las sendas que pueden conducir a la esperanza a una juventud muchas veces desnortada.

No pretende ser un compendio exhaustivo, que agote todos los temas posibles. Más bien sale al camino de las perplejidades del cristiano de hoy. Sin miedo, con respeto, con claridad y con la convicción de que Cristo sigue siendo el camino, la verdad y la vida.

Más aún, en este libro se descubre una realidad que no siempre brilla en medio de las tinieblas: la Iglesia es madre, no madrastra. Y es, hoy, una de las pocas voces que se atreve a defender y custodiar verdades tan humanas y tan de sentido común que deberían resultar evidentes, y que sin embargo se transgreden constantemente, con un daño inmenso para la propia humanidad: la custodia de la vida desde el primer instante, la fidelidad de un vínculo de amor matrimonial que no caduca, el cuidado del vulnerable, el valor del migrante. Curiosamente, a veces sostener lo obvio es la forma más valiente de caridad.

En ese sentido, la voz de la Iglesia tiene una autoridad moral, religiosa y espiritual innegable, que la hace patrimonio de la humanidad. Pero podemos decir a lo san Pablo: ¿Quién conocerá esa voz si nadie la predica? Necesitamos escucharla encarnada en testigos. Y, entre ellos, en pastores. Con olor a oveja, añadiría el papa Francisco. Pastores que sepan, y quieran, pastorear con las botas en el barro hasta el último día de su vida. Estamos de suerte. Aquí podemos escuchar a uno de ellos.

Vivimos en la era de la inteligencia artificial. Este libro no tiene inteligencia artificial. Tiene algo más raro todavía: sabiduría de verdad, con más de setenta años de rodaje espiritual. Nuestra inteligencia no puede, o no debe, jubilarse. Bienvenido, lector, a un trabajo apasionante. La recompensa: ser libre para pensar y valiente para amar.

Teresa Gutiérrez de Cabiedes
Pamplona, 16 de julio de 2026

I. Lo que nos pasa por dentro

1. Perdonar cuando el corazón duele

Una persona me expresó un profundo dolor compartiéndome una pregunta:

Me encuentro en una encrucijada: no sé si debo perdonar a una persona que me ha hecho mucho daño…

Cuánto se sufre cuando hemos sido ofendidos, y el dolor nubla la mente y el corazón. No es fácil saber cómo actuar; las emociones no siempre acompañan a lo que la razón intuye.

El perdón no es un problema teórico. Habla de heridas concretas. Hay ofensas que tocan lo más profundo y dejan una huella que no se borra fácilmente.

Por eso, alguien me preguntaba también si el perdón es una debilidad o una forma de fortaleza interior.

En esos momentos, el corazón se defiende. Perdonar parece injusto, incluso peligroso. A veces se piensa que perdonar es ceder, rendirse o dejar que el daño quede impune. Y, sin embargo, la experiencia muestra que cuando el resentimiento se instala dentro, envenena la capacidad de amar, condiciona la vida y termina bloqueando la salud del alma.

Surge entonces otra pregunta inevitable: ¿Hiero a mi corazón si perdono, pero también si no perdono?

Perdonar no significa olvidar lo ocurrido ni negar la herida. La ofensa no desaparece por darle la espalda. Pero el perdón introduce algo distinto: impide que el daño recibido gobierne el interior de la persona. Paradójicamente, se convierte en una medicina, porque evita que muera la capacidad de amar.

El perdón no suele nacer como un sentimiento espontáneo. Es una decisión que, muchas veces, va por delante de la emoción. Supone abrirse a un proceso que no siempre es inmediato, pero que, poco a poco, libera por dentro.

Desde la fe cristiana, el perdón no se entiende como debilidad. Es un acto profundo de libertad, que nos hace capaces de amar por encima de las heridas. Cuando miramos a Cristo, lo vemos morir perdonando a sus verdugos. Esa misma fuerza interior la han vivido también muchos mártires a lo largo de la historia de la Iglesia. No porque no sintieran dolor, sino porque no quisieron que el odio tuviera la última palabra.

En la entraña del amor está el perdón. Perdonar no debilita el corazón; lo ensancha. Y aunque la herida siga ahí, deja de ocupar el centro. Lo he visto en personas que han padecido grandes injusticias: prisión sin condena, asesinato de un familiar, calumnias… Y lo he vivido también en mi propia carne. El dolor no ha desaparecido, y aun así el corazón ha encontrado paz.

El perdón no borra la herida,
pero sana el corazón

2. ¿El perdón dinamita la justicia social?

El dilema que se abre al contemplar la conveniencia de perdonar no impacta solo en las relaciones personales. En una ocasión me lanzaban este reto:

Quiero que me dé una respuesta a un interrogante que me tortura y que no me deja estar en paz conmigo mismo. Se trata de saber perdonar. ¿Cuál es la razón por la que hemos de perdonar cuando nos han ofendido injustamente, si hacerlo deja el mal sin respuesta?

La pregunta nace de una herida personal, pero no se queda en el ámbito de la intimidad. Una vez que uno acepta que el perdón puede sanar el corazón, surge casi de inmediato una inquietud más amplia: ¿qué ocurre cuando esa lógica se traslada a la convivencia? ¿No se corre el riesgo de que el perdón termine justificando la injusticia?

Por eso, alguien planteaba también esta objeción con claridad:

Le he oído decir muchas veces que el perdón es la mejor medicina que cura y da salud al corazón. ¿Me puede explicar y dar razones para que esta afirmación no conduzca a la injusticia social?

La pregunta no es ingenua. En el fondo late una sospecha razonable: si el perdón se convierte en la respuesta habitual al mal, ¿no acabaría imponiéndose una sociedad sin justicia, donde todo se disculpa y nada se repara?

Aquí conviene dar un paso más y mirar la experiencia humana en su conjunto. Porque cuando el perdón desaparece, no emerge una justicia más firme, sino otra lógica distinta. No se trata de una descalificación del ser humano, sino de la descripción de un mecanismo: cuando toda ofensa exige represalia, la convivencia se convierte en enfrentamiento permanente. El filósofo Hobbes decía que «el hombre es un lobo para el hombre». En efecto, el perdón es esencial en la convivencia y en la armonía de la sociedad; de lo contrario, nos volveríamos lobos contra lobos.

¿Qué tipo de justicia queda cuando nadie perdona? La experiencia muestra que, sin perdón, se impone fácilmente la ley del «ojo por ojo». Una justicia que ya no busca restaurar, sino devolver el golpe. Pero nunca la venganza o el «ojo por ojo y diente por diente» han construido una sociedad verdaderamente justa. Al contrario: endurecen los corazones y multiplican el daño.

El perdón no elimina la justicia ni la debilita. La orienta. La justicia y la paz se construyen desde la reconciliación. Cuando la justicia se separa del perdón, corre el riesgo de convertirse en castigo sin horizonte, en una respuesta que cierra el futuro. El perdón, sin embargo, no permite que el mal cometido marque definitivamente las relaciones.

Vuelve entonces la pregunta, ahora formulada de otro modo: ¿tiene el perdón alguna fuerza más allá de lo personal? ¿Puede sostener una convivencia justa?

El testimonio cristiano resulta aquí profundamente desconcertante. Los mártires fallecen perdonando a sus victimarios, porque la enseñanza y vida de Jesucristo es más humana que la doctrina del egoísmo, que es inhumana. Ese perdón no es solo un gesto interior. Es una afirmación pública de que el odio no tiene derecho a fijar las reglas de la convivencia.

El perdón no borra el mal ni elimina el conflicto. Pero introduce una lógica nueva. Como afirmaba san Juan Pablo II, «el perdón atestigua que en el mundo está presente el amor más fuerte que el pecado». Y solo desde ahí puede construirse una justicia que no deshumanice y una convivencia que no termine devorándose a sí misma.

Sin perdón, la justicia se endurece
y la convivencia se rompe

3. El pecado: ¿una palabra caducada?

La honestidad es algo que se agradece desde el fondo del alma. En una ocasión, me confesaba un joven:

Tal vez le resulte un poco extraño que le haga esta pregunta: ¿Existe el pecado, o es una cosa que ha quedado en el pasado? ¿No es algo trasnochado y de épocas medievales?

La extrañeza misma dice mucho. Ciertamente, la palabra «pecado» suena mal. Incluso puede llegar a

considerarse una palabra que debería desaparecer del diccionario. También hay quien lo plantea sin rodeos, con una mezcla de enfado y descaro:

¿Se han preguntado si mucha gente está alejada de la Iglesia porque siguen con los mismos principios de siempre? El pecado, lo malo que es el sexo, lo bueno de la oración y lo excelente que es ir a misa… ¡Háganse más progres!

La provocación merece una respuesta directa, no defensiva. ¿Qué es el progreso? Si es moderno vivir en paz, ayudar a los más vulnerables, acoger a los necesitados, cuidar la vida interior con la oración y los sacramentos, estoy de acuerdo. Pero si «moderno» significa ignorar la injusticia, la mentira, la lujuria, el asesinato, el desprecio a la vida, la violencia y el terror de las guerras… Entonces, la pregunta certera sería, más bien: ¿Cometer tales atrocidades es de «progres»? La modernidad no puede confundirse con la inmoralidad. Con esa forma de vivir, el presente es amargo y el futuro será mucho más amargo.

Seamos realistas. A muchos les entra la risa cuando ven que, de pequeños, aprendíamos en el catecismo los siete pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza. Sí, puede sonar a catecismo antiguo. Pero lo cierto es que no se han borrado con el paso del tiempo.

Nos rebelamos ante las guerras que proceden tantas veces de una soberbia desmedida. La misma por la que

nosotros nos imponemos a un familiar para tener razón a toda costa. Nos escandalizamos por la corrupción en la política, o caemos en un consumismo que nos promete felicidad acumulando posesiones, todo a causa de la avaricia. Se nos revuelve algo por dentro cuando vemos cómo se usa el cuerpo de la mujer para satisfacer pasiones. Se llame lujuria o como se quiera, la realidad es la misma. Los niños pelean por los juguetes y nosotros nos molestamos por el ascenso del compañero: el origen es el mismo, la envidia. Contemplamos la obesidad que enferma a sociedades enteras mientras otros mueren de hambre. Gula, sobresatisfacción o el eufemismo que prefiramos: la sustancia no cambia. Y tantas veces postergamos lo importante porque nos puede la pereza.

Está claro, entonces, que el pecado no es una categoría religiosa inventada para controlar conciencias. Es el nombre de algo que está delante de nuestros ojos. El pecado existe porque existe el mal; el pecado existe porque el odio sustituye al amor. Por eso la Iglesia, siendo fiel a su fundador, que es Jesucristo, nunca ha negado el tema del pecado. Quizá ha habido épocas en las que el modo de explicarlo no ha sido el más adecuado. Pero, en plena revolución del 68, el papa Pablo VI lo dijo con una claridad que no se puede apagar: «Uno de los mayores males de nuestra época es el haber perdido el sentido del pecado». No lo dijo para asustar a nadie: sencillamente, si la conciencia se duerme, el mal se expande sin límites.

Índice

Prólogo 5

I. Lo que nos pasa por dentro 9

1. Perdonar cuando el corazón duele 9
2. ¿El perdón dinamita la justicia social? 11
3. El pecado: ¿una palabra caducada? 13
4. Cuando la fe se enfría 16
5. Vida interior: ¿oración o escapismo? 18

II. Dios, el mal y la esperanza 21

6. El infierno y las leyendas 21
7. El mal tiene nombre propio 23
8. ¿Mis animales estarán en el Cielo? 26
9. ¿El purgatorio es un mito de nuestros abuelos? 28
10. La resurrección: ¿fe o leyenda? 30

III. El cielo a pie de calle: los sacramentos 35

11. Por qué confesarse con un humano 35
12. ¿Dios y yo en directo no basta? 38
13. Entrar en la comunión 40
14. Cómo casan matrimonio y Eucaristía 43
15. ¿Qué es realmente la excomunión? 47

IV. La Iglesia, por dentro 51

16. Elecciones en la Iglesia 51
17. A vueltas con la sinodalidad 53

18. Crisis y agonía de la Iglesia 55
19. ¿De qué y de quién vive la Iglesia? 58
20. Criticar a la Iglesia por la pobreza del mundo.... 61

V. Amor, cuerpo y verdad..... 63

21. ¿El amor admite pruebas? 21
22. Castidad: esa palabra mal entendida 22
23. Pornografía: una pandemia silenciosa 69
24. Ideologías y cultura de la confusión 72
25. Tecnología, sexo y deshumanización 74

VI. La vida, siempre vida..... 79

26. El aborto y la defensa del más débil..... 79
27. ¿Eliminar al que sufre o paliar el sufrimiento? 82
28. Cuando la ciencia se olvida de Dios… 85
29. Vientres de alquiler: ¿progreso o explotación?.... 88
30. Niños con derechos 90

VII. Vocación, misión y sentido 95

31. ¿Dios llama todavía? 95
32. Sacerdotisas, derechos y llamadas 98
33. Elegir a Dios al 100 % 101
34. Misioneros sin salir de casa 104
35. Cuando el alma se quema..... 106

VIII. Presente y futuro de la felicidad..... 109

36. Jóvenes y vacío existencial 109
37. La epidemia de estrés y el sentido de la vida..... 112
38. ¿Puede uno ser feliz en la fragilidad? 115

39. El valor y la virtud..... 118
40. La fama, pasa. La santidad, no 121

IX. Fe en el mundo de hoy 125

41. Dictadura silenciosa y letal 125
42. Posverdad, mentira y manipulación 127
43. Tolerancia, cristianofobia y laicismo..... 130
44. Agenda 2030 (después de Cristo) 132
45. El camino de la libertad 136

Conclusión: La santidad es la mejor inversión..... 139